PRÓLOGO

UNAS LÍNEAS PREVIAS

El presente volumen, dedicado a la memoria de Alan D. Deyermond, reúne una selección de los trabajos cuya primera versión propusieron los miembros de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas para el III Congreso Internacional de la SEMYR, celebrado en la Universidad de Oviedo entre los días 27 y 30 de septiembre de 2010, con unos ciento cincuenta participantes. Fue continuación de los dos encuentros anteriores, en la Universidad de Salamanca, en 2006, y en San Millán de la Cogolla, en 2008. Así pues, el nivel de las propuestas venía dado por una trayectoria consolidada y reconocida entre la comunidad investigadora, y avalada por especialistas de prestigio internacional, aquellos que componen el Consejo Asesor y que han respaldado las labores del Comité de Selección.

Como en ediciones anteriores, la convocatoria estaba abierta a la presentación de trabajos sobre cualquier tema relacionado con «la literatura y la civilización de la Edad Media y el Renacimiento, con especial atención al mundo hispánico», de acuerdo con el artículo 2º de nuestros Estatutos. No obstante, tal como refleja el título de *Líneas y pautas*, la Junta Directiva de la SEMYR buscaba en esta ocasión dar a conocer nuestras principales *líneas* de investigación, y para ello sirvieron los paneles que reflejan la actividad de equipos. Esta innovación es coherente con el carácter que tiene la SEMYR de lugar de encuentro de seminarios y grupos de investigación. El otro objetivo, el referido a las *pautas*, es que la convocatoria sirviera para plantearnos qué métodos de investigación consideramos más consolidados y/o eficaces en nuestro campo de trabajo, ya sean métodos tradicionales o actuales, de orientación positivista, historicista, teórica o multidisciplinar.

A los tradicionales formatos de ponencias y comunicaciones que nos ofrecen los trabajos más actuales en la investigación de nuestro campo, se le ha añadido la innovación de los paneles colectivos que muestren los resultados de trabajos de equipo. Las ponencias fueron encargadas a especialistas que cuentan con una larga y reconocida trayectoria investigadora en diversos ámbitos de la literatura medieval y renacentista, y sus propuestas fueron valoradas muy positivamente por los comités. Sus colaboraciones cubren un amplio espectro temático, y aseguran el cumplimiento de algunos de los objetivos prioritarios de la SEMYR, como son fomentar la interdisciplinariedad y poner en contacto a los especialistas en diversos campos de los estudios medievales y renacentistas.

Así, Lina Bolzoni, de la Escuela Normal Superior de Pisa, atiende a las relaciones entre poesía y pintura; Juan Carlos Busto, de la Universidad de Oviedo, plantea las nuevas perspectivas en el estudio de la literatura aljamiado-morisca; Elvira Fidalgo, de la Universidade de Santiago de Compostela, se refiere a la posible influencia de María de Molina en diversas manifestaciones culturales; Víctor Infantes, de la Complutense de Madrid, profundiza en los datos sobre la identidad de Fernando de Rojas; Begoña López Bueno, de la Universidad de Sevilla, muestra la escasa relación que existe entre la creación poética y las teorías y preceptivas en el Siglo de Oro español; Santiago López Martínez-Morás, de Santiago de Compostela, relaciona la literatura medieval con el Camino de Santiago; Georges Martin, de la Universidad de París-Sorbona, se ocupa del desarrollo de la historiografía después de Pidal; Alberto Montaner, de la Universidad de Zaragoza, ha tenido el valor de plantear cómo mejorar en rigor y pertinencia los métodos de estudio de la literatura medieval y renacentista; Julian Weiss, de King's College London, reseña los estudios recientes sobre el poscolonialismo medieval.

Por otro lado, en los paneles de equipos y en las comunicaciones se abordan temas que recorren toda la literatura medieval y renacentista y aspectos de la historia y cultura de los mismos periodos: estudios antropológicos, estudios de las Mujeres, ética y saber, revisiones de la crítica, reflexiones metodológicas y nuevas propuestas, literatura y religión, literatura comparada, traducción, pervivencia de la tradición clásica, tópicos literarios, Retórica y Poética, rastreo de tradiciones literarias, mecenazgo artístico, literatura y nobleza, imprenta y formas editoriales, codicología y edición de textos, bibliotecas del Renacimiento, lírica galaico-portuguesa, literatura catalana, Humanismo y Renacimiento en Italia, teatro medieval y renacentista, literatura caballeresca, épica, hagiografía, literatura aljamiada, trovadores, Camino de Santiago, poesía renacentista.

Pero por no enojar al lector, como decían los autores de aquellas épocas, cesaré en esta mención de contenidos que pueden mejor conocerse de forma directa adentrándose en las páginas que siguen, y daré paso a las palabras que Pedro Cátedra, Presidente de Honor de la SEMYR, dedicó en Oviedo a la memoria de Alan D. Deyermond. No sin antes recordar que aquel congreso y este libro han existido gracias a Natalia Fernández Rodríguez y a María Fernández Ferreiro, secretarias de Organización y Administración respectivamente, y abnegadas editoras del presente volumen, labores que les agradezco muy sinceramente en nombre de la SEMYR.

Fernando Baños Vallejo
Presidente de la SEMYR

IN MEMORIAM ALAN D. DEYERMOND

DEBO DECLARAR SOLEMNEMENTE –el acto lo requiere– que cualquiera de los aquí presentes podría estar con el mismo derecho en el sillón que el presidente de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas me cede para que les hable. No solo porque la mayoría de nosotros tiene la *impronta* del profesor Alan Deyermond, una impronta más o menos a flor de piel o más o menos en las arterias o capilares de nuestra formación y de nuestra trayectoria investigadora. No solo por esto, sino también porque todos guardamos en lo colectivo y en lo individual una memoria rica de lecciones, de *ejemplos* y hasta de anécdotas con los que la leyenda del profesor Deyermond es ya un cimiento inamovible del hispanomedievalismo –hoy emplearé sin molestia ni restricciones esta reducción, que le era cara y que a mí tampoco me gusta demasiado–.

Cimiento he dicho; pero es quizá una calificación sin alma, y alma y corazón le sobraban a nuestro socio de honor. Quizá fuera mejor humanizar su condición de piedra angular, atribuyéndole la justísima de *gigante* de los estudios hispánicos. La tópica *translatio* del saber formulada, la primera vez acaso, por Bernardo de Chartres, puesta en escrito por Juan de Salisbury y que devino tópico de inmediato en la facturación de Petrarca y de una caterva de escritores de todos los tiempos, según lo cual los del presente somos enanos a hombros de los gigantes de otrora, se podría usar hablando de quien, sin la más mínima duda lo ha sido –gigante– y lo seguirá siendo.

Como acabo de afirmar que de testimonios personales se construye una historia sensible como es la de quien echamos tanto de menos, quiero presentar aquí el mío, felicitándome por la suerte que he tenido al disfrutar a lo largo de los años de la lección de personas que han hecho y hacen posible lo que disfrutamos estos días en Oviedo. Mi formación pasa por las lecturas y por la conversación con maestros que son sin duda gigantes en este oficio que compartimos.

He tenido el honor y la suerte –digo– de beneficiarme, por ejemplo, del enorme saber del gigante Eugenio Asensio a lo largo de veinte años de amistad, en lo que no dudo en calificar de clases particulares. He tenido la suerte de ser un discípulo más de otro de los gigantes de nuestro ámbito, socio de honor también de la SEMYR, Francisco Rico. He tenido la suerte de poder, al menos, olisquear un poco del saber de maestros como Martín de Riquer y de otros cuya generosidad se muestra incluso aquí, tolerando, sentados entre

todos ustedes, estas palabras mías en recuerdo de quien también integra ese grupillo de gigantes maestros de un servidor.

Menciono estos nombres, *et pour cause*. En varias de las ponencias que estamos disfrutando estos días y en una gran cantidad de comunicaciones, se percibe algo que seguramente para nosotros es la normalidad metodológica e histórica. Pero permítanme que me atreva a recordarles que en 1971 –estudiante yo de bachillerato– apareció la versión original de la *Historia de la literatura medieval* española de Alan Deyermond. La historia de un libro tan influyente como este es conocida de todos ustedes. Pero quiero recordar que su escritura remonta a los primeros años sesenta.

Mi primer, debiera decir, aunque sea en voz baja, también mi más festivo recuerdo de don Ramón Menéndez Pidal, al que, si queremos agotar categorías, podemos calificar además de *gigante olímpico*, es el de un día de mis trece años, cuando en el Instituto me regalaron, como a todos los niños y adolescentes españoles y por orden gubernativa, un día de fiesta porque España estaba de luto por la muerte de toda una institución como don Ramón.

Menciono este recuerdo anecdótico con intención. No era fácil escribir en esos años sesenta sobre literatura medieval española al margen de la Institución, aunque fuera desde Inglaterra. Meditada, atrevida también, debió ser la decisión del profesor Rico, que inauguraba entonces su primera treintena, de empezar una nueva historia de la literatura española justamente con la traducción revisada del libro del profesor Deyermond, que vería la luz en 1973.

Me gustaría pensar que fui uno de los primeros compradores de ese libro en el curso preuniversitario. Lo que sí pienso es que una vocación mía de filólogo clásico, ya bastante granada con proyectos de ir a seguir estudios universitarios en la Universidad Complutense, escoró hacia otros terrenos, gracias en buena medida al manual del profesor Deyermond y al reclamo de quien profesaba en la Universidad Autónoma de Barcelona y enseñaba literatura española y latina medieval.

Discúlpenme esta imbricación autobiográfica en una historia que es, con variantes, la de muchos medievalistas que peinan canas, peinan poco, o no peinamos nada. Pero es que la cosa tenía su miga: el cambio que una escuela como aquella estaba promoviendo y la apertura que significó la voz del hispanismo británico, y en especial la de nuestro gigante, contribuyeron a cambiar de raíz un cierto anquilosamiento de los estudios medievales debido a razones metodológicas, ideológicas o, sencillamente, por apriorismos de exclusión.

El cauce del ancho, solemne, lento y desde luego poderoso y solvente –justo es reconocerlo– río del canon de la mejor historia literaria medieval española de los años cincuenta y sesenta estaba protegido por pesados diques terreros como el del centralismo, el de la diferencia –por entonces la propaganda franquista que promovía el turismo en España se había adueñado del viejo lema de los viajeros del *Grand Tour* romántico español, *Spain is different*; antes, incluso, el argumento de la diferencia había sido acogido por las naciones democráticas para mirar a otro lado y reconocer el régimen español–, y otros diques también, como la peculiaridad del alma y del ser propia y diferenciadamente españoles.

Esos diques no tenían como función el evitar desbordamientos, por más que acababan, aunque no lo pretendieran siempre, por cancelar y secar otros ríos de agua fresca y renovadora, fuentes perenales de la variedad, de la multiplicidad, de lo transfronterizo, de la

homogeneidad europea. Aparte diferencias fundamentales de carácter teórico y metodológico ajenadas al profesor Deyermond por la escuela británica de aquel Oxford en que se formó, su historia representó el cambio del ser y del hacer de nuestra historia literaria medieval, poniendo en precio tendencias, manifestaciones y géneros opacos hasta entonces, que, entre otras cosas, situaban a España de nuevo en Europa, como, cada uno en su terreno, hicieron o hacen los gigantes que antes me he permitido mencionar.

No es este el momento de un análisis pormenorizado, ni de presentar un arqueo de las consecuencias de ese y de otros trabajos fundamentales del profesor Deyermond. Me atrevo a decir que buena parte de la labor de numerosos medievalistas de cincuenta años para abajo tiene origen directo o indirecto en el ambiente científico que acabo de memorar.

Y es que, si echamos solo un vistazo a la producción científica 'hispano-medievalista' de treinta años acá; si examinamos los resultados de congresos como los bienales de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, animada desde su fundación en Barcelona por quien sería uno de sus más ilustres socios de honor; o los de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, incluyendo el que ya estamos casi terminando, se percibe perfectamente la impronta de Deyermond: muchos de los que nos están brindando su trabajo en forma de comunicaciones son, lo sepan o no, descendientes del profesor Deyermond; veo ya hasta bisnietos... científicos, por supuesto.

Desde esta ladera, permítanme volver al viejo tópico con el que he empezado, y que les invite a considerarnos *niños* o *enanos*. Sin ánimo de presunción, adoptémoslo, pero no en su forma original, la de Bernardo de Chartres, Juan de Salisbury o Petrarca, sino con el sí es no es de ambigüedad moderna, la ambigüedad inaugurada por Luis Vives o por los autores paradójicos, o por quienes, como Newton, empiezan a hacer granar la ciencia moderna. No tengo, por supuesto, que señalar que me valgo del punto de vista, salado y 'shandiano', del historiador de la ciencia Merton.

«No es así –escribe Vives en *De disciplinis*–: ni nosotros somos enanos ni aquellos hombres gigantes, sino todos de la misma estatura. Aun diré que nosotros llegaremos más alto por el beneficio que aquellos nos hicieron, siempre que permanezca en nosotros lo que en ellos, es decir, estudio, curiosidad de espíritu, vigilancia y amor a la verdad. Si carecemos de esto, no somos ni enanos ni permanecemos sentados en hombros de gigantes, sino hombres de merecida estatura caídos en el suelo».

No quiero llevarme a engaño, aunque estas palabras nos puedan subir la moral. Si me permito invitar a subvertir, con Vives o Newton, el tópico, es para ir concluyendo con un legado del profesor Deyermond tan importante como su propia producción. Es el legado humano que se sustanciaba en una suerte de pedagogía antigua, consiguiendo, precisamente, que nos creyéramos, como propone Vives, a su misma altura. El ser inscritos en aquella famosa libreta en la que consignaba con puntualidad quiénes y de quiénes éramos, dónde parábamos y sobre qué investigábamos nos hacía en lo público y en lo privado medievalistas, aunque supiéramos muy poquito, estuviéramos en agraz o no hubiéramos publicado ni una sola línea. Pero esa libreta servía también para hacernos llegar puntualmente el dato, el título, la clave, la separata con la que no habíamos dado o nadie nos había dado noticia de su existencia. Buena parte de las tesis doctorales de medievalistas españoles serían en menor o en mayor medida distintas sin tales contribuciones generosas del maestro de todos.

Es cierto que, aunque no escritas, había una serie de condiciones en este comercio científico; quizá las mismas de Vives: «Estudio, curiosidad de espíritu, vigilancia y amor a la verdad»... *Amor a la verdad*... con las gabelas éticas que esto conlleva, entre ellas un inquebrantable respeto al esfuerzo profesional, al trabajo ajeno. En esto Deyermond era indiscutible gigante de gigantes.

Nuestro socio de honor lo recibió también de otras instituciones españolas, de la mencionada Asociación Hispánica de Literatura Medieval, de la nuestra, de la Universidad de Salamanca con su premio Nebrija, de la de Valencia con el doctorado honoris causa, entre otros conocidos por todos ustedes. Ni pretendió, ni solicitó, ni menos aún cambalacheó honores públicos por deshonores privados. Honores públicos que se limitó a aceptar con la gratitud humilde y generosa de los verdaderos gigantes.

Ni estas palabras ante los congresistas del III Congreso Internacional de la SEMYR de quien es un mero portavoz coyuntural de ella en el día de hoy, ni todas las memorias del mundo compensarán lo que al profesor Deyermond se debe. Pero, al menos, para que siga presente no solo en nuestra memoria sino también en nuestros anaqueles, la Sociedad, en colaboración con el Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas de la Universidad de Salamanca, va a publicar un volumen en el que se recogen sus estudios sobre literatura y Biblia en la Edad Media, que espero llegará no dentro de mucho a sus buzones.

Hablando de anaqueles, hablando de generosidad, hablando de pervivencia, me es muy grato anunciar públicamente que, merced a la voluntad de su heredera, Ruth Deyermond, y a los buenos oficios de uno de sus albaceas, el profesor David Hook, la magnífica biblioteca del profesor Deyermond, que envidiábamos todos y que se repartía entre su despacho y su casa, ha pasado a la Universidad de Salamanca, que cumplirá con la principal condición que se le exige, la de ponerla al servicio de los investigadores, de todos ustedes.

Muchas gracias.

Pedro M. Cátedra
Presidente de Honor de la SEMYR